

CONJURO

JUDITH CASTAÑEDA SUARÍ

Tocó tierra en la isla después de arribar en varios buques distintos, no tan grandes, sin lote alguno de esclavos. Llegó oculta entre los hombros y las espaldas de nuevos colonos, y vestida de silencio observó la orilla por encima de la borda, una línea negra de árboles donde se perdió al sentir que arrojaban el ancla.

De haberla visto escurriéndose en la actividad de la madrugada, entre el desembarco y la supervisión de las primeras piezas, las autoridades del puerto le habrían negado el ingreso, reteniéndola en sus oficinas, para luego deportarla como al peor de los criminales; como a un polizón. Pero nadie la notó; aquellos jóvenes que regresaban de la metrópoli con los estudios concluidos o en busca de reposo para después continuar con su educación, la mantuvieron protegida cuidándose de pronunciarla.

Se trataba de una palabra peligrosa; el estandarte que al otro lado del mar había arrancado más de una cabeza de los cuellos reales. Peligrosa, también blanca, según dicen los esclavos viejos; sin embargo, aquella palabra no era como las otras de los amos. Nacida en los callejones más sucios y en los lugares de instrucción, donde los estudiantes la masticaban y la atesoraban como a un diamante, era la esperanza de quienes vivían bajo la bota de amos mucho más grandes que los de los plantíos. Antes de llegar a la isla, ese golpe de voz hinchó incontables ánimos, dándole a los hombres una creencia distinta de la que va a postrarse a los pies del Gran Crucificado Blanco. Allá, al otro lado de los buques, animó también pasos y apretó puños; derribó prisiones y palacios y no nada más cabezas. Llenó de obstáculos la amplitud de ciertas calles para detener carruajes y artillerías; para proteger a quienes la pronunciaban, armados apenas y en posesión de escasas municiones.

Con tal peso en los hombros, esa palabra llegó hasta un puerto parecido al de la isla. En la madrugada, al anochecer, no se sabe sino que zigzagueó evitando la luz de los vigías y a los hombres empleados en la descarga del azúcar y el tabaco; que se escurrió confundida en aquella actividad, como en la isla, llegando a tomar la apariencia de una vela, de un fragmento del maderamen. Así viajó como los polizones, oculta entre los remos, en los botes de emergencia, hasta tocar puerto en una de las colonias y alejarse de la costa nada más anclar.

Con el paso de los días, de las semanas, el sol de la isla fue quemándola poco a poco; el trueno sucio pero pálido que era se tornó rojizo. Y su interior supo del gusto amargo al fondo de la caña, de las muertes, del trabajo sin recompensa en forma de polvo blanco, polvo arrancado por los molinos a ese fruto verde, claro y largo, en cuya corteza los señores de la metrópoli seguían ostentando su poder. Entonces se aclimató a otras bocas, a los senderos lodosos, a la cortina de lluvia que llegaba con el verano. Entonces perdió su calidad de extranjera.

Los naturales de la isla pronto aprendieron a decirla. En susurros, en la intimidad de los camastros y algunos estudios, lo negro de la noche más negro en torno a la luz de un quinqué. La pronunciaban con cuidado, con el respeto que se otorga a los mayores, guardándose en presencia de extraños, siempre a imitación de quienes en principio la llevaran. Más tarde la gritarían en el bosque, bajo el resguardo de las frondas y de los orishas. Sin pausa, sin ocultarla. Mulatos, libertos, cimarrones, la sumarían a su próximo rito. Beberían la sangre de un cerdo negro, encenderían hogueras sin importar la tormenta, hasta el amanecer, y pronunciarían aquella nueva palabra junto con una antigua, madurada entre azotes y alimentada con la propia sangre: venganza. Venganza para sus dioses, aplastados a fuerza de puñetazos por los predicadores. Venganza para sus propios cuerpos, fuerza motriz de la caña y mercadería de negreros. Venganza para los no nacidos, ya esclavos.

Los viejos de la finca no alcanzaron a pronunciar esa palabra. Antes de celebrarse el rito en mitad del bosque, el amo, igual que muchos, vendió plantación, bienes muebles e inmuebles, y se fue a otra ciudad a pasar el resto de su vida. Muchos de sus esclavos terminaron en una tierra casi yerma, desnuda de exuberancias, y olvidándose de la caña, hundieron las manos en una ensarta espinosa y cosecharon trozos de nube secos. Para ellos la palabra siguió vestida de leyenda. Quizá la habían gritado durante la noche del claro, en la isla; quizá, como en su tierra natal, avivó la hoguera y agregó sal a la tibia sangre del cerdo; quizá levantó puños e hinchó espíritus e intenciones. Quizá, pero de eso ninguno puede estar seguro.

—Una palabra nacida en tierra de blancos es como un amuleto; una palabra nacida en tierra de blancos va a acercarnos a ellos para poder derribarlos, como a la caña, sin que se den cuenta— dice hasta el cansancio uno de los esclavos más viejos. Ahí, sentado en un banco, mientras pretende cepillar a un jamelgo tan inútil como él.

Pero nada importa si esa palabra desconocida es arma o una especie de sendero inmaterial y ella lo sabe. Lo sabe desde la tarde en que se topó con aquella estancia cundida de libros.

No se le olvida. Hace una semana la envía la cocinera con las copas y el vino. Apenas pasa de las dos de la tarde y ella piensa en esa hora inusual. Avanza, los pies livianos sobre la madera, la bandeja en equilibrio frágil entre sus dedos. Incluso antes de llegar al estudio del amo se oye el rumor de pasos distintos a los suyos, las voces. Son frases de bienvenida, preguntas, palmadas en los hombros.

—¿Qué tal el viaje?, ¿la universidad?, ¿no hizo mal tiempo? —escucha mientras aferra la bandeja, pide permiso y agacha la cabeza; mientras recibe la orden de entrar, dejar las copas servidas en el escritorio, junto con la botella y retirarse.

Desde entonces permanecen los libreros llenos de tomos color marrón, alineados como si se tratara de construir una muralla. Eso y la Biblia que el hijo del amo hojeaba apoyado en el escritorio. El enorme libro contiene voces sólidas. Página tras página es un letargo de tinta, de susurros iguales a un aleteo, un adormecimiento que la hace derramar algunas gotas del tinto y casi quebrar una copa. Debajo de ese recuerdo están los gritos ásperos de su amo, desde ese mismo instante parecidos a un eco:

—Ten más cuidado, negra idiota. Vamos, largo de aquí...

No se les puede tomar en cuenta, al contrario de esas páginas, de esos trazos desconocidos, tan propiedad del dueño como lo son la casa, el plantío y ella misma.

Una palabra de aire se olvida, aun si es un grito.
Una palabra de aire es una pluma al centro de la biblioteca, en la sala o en la recámara principal, y le es imposible ser del conocimiento de los ausentes.
Una palabra de aire puede llegar a oídos extraños, pero esto pasa de una manera distinta, más suave o más firme, tal vez retorcida, pero nunca igual.
Una palabra de aire puede borrarse de la cabeza de quien la dijo.
Una palabra de aire vestida de sangre y de fuego sigue siendo una palabra de aire.
Una palabra de aire o de leyenda, como la del claro de la isla del viejo esclavo, no funciona si no se escribe, si no se le da un cuerpo de tinta y una página para que repose.
Y deberá ser escrita.
Sólo hasta entonces esa palabra será un puente.
Sólo hasta entonces esa palabra funcionará como un conjuro que abra caminos.
Sólo hasta entonces ha de confundirse con las palabras del blanco y sólo así, de ser cierta la leyenda de la isla, esta palabra ha de regresar a sus orígenes.

Como desde la fecha de su llegada, el hijo del amo le ordena encontrarse con él en el patio trasero, cerca de las escalinatas. Se lo dice la otra esclava de la cocina y ella debe ir. Luego, con la vista en su camisa ondeante, fuera del pantalón de montar, camina varios pasos detrás del joven por el sendero pedregoso hacia los establos, hacia la habitación del fondo, en la que duerme el capataz. No está presente ese hombre pálido como los señores, y requemado; y su camastro se le presenta igual, con las mantas retiradas, recibiendo la oscuridad de la única ventana, negrísima porque la luna va a empezar a abrirse apenas el día de los oficios religiosos.

En ese cuarto sin encajes se repite lo del día del vino derramado, lo de las noches posteriores. Ella escucha cómo ese joven castaño la nombra *Mi* con la voz ahogada en susurros mientras la recorre con los labios, mientras sus manos le retiran el vestido gris y verde. Luego, la espalda limpia de castigos ya reposando en el forro de algodón de la colchoneta, aprieta puños y párpados al sentir al futuro dueño de todo y de todos abriéndose paso entre sus piernas.

Lo mismo, lo de ayer, lo de mañana. No; no hoy.

Esta noche, cuando el joven descansa junto a ella boca abajo, rodeándola con un brazo, la esclava se anima a preguntar cómo es su nombre. Él se apoya sobre la colchoneta, sonríe, y entonces ella observa sus ojos claros, parecidos a los suyos, y sus cabellos revueltos, húmedos de sudor. Y también sonríe.

Un hormigueo le crece en el cuerpo cuando el hijo del amo apoya el índice en su brazo izquierdo y empieza a trazar una *A* mayúscula con la uña, una *N*, una *D*, una *R*, una *E*, una *W*.

—Andrew, ¿entendiste? —apenas si escucha ella entre los fragmentos de su propia respiración.

—Ahora mi nombre —pide. Andrew esconde la sonrisa.

—¿De verdad sería algo tan malo una negra escribiendo, aunque sea con torpeza? Raro sí, pero no malo— se dice. Después siembra el alfabeto entero en cada rincón de la esclava y vuelve a sonreír, pensando en los pequeños animalitos entrenados para saltar a través de un aro en llamas o caminar sobre sus patas traseras, a imitación de los hombres.

Se trata de una cosecha y ella rebusca con ambas manos en los surcos que Andrew cava a lo largo de su cuerpo. Una a una, de a poco, recoge las letras,

completas pese a la lengua del joven amo, a sus labios, a la tibieza de sus caderas y la agitación de su aliento oloroso a uvas.

No quiere perderlas, no de nuevo, como antes del desayuno, cuando rebanaba el pan de los señores y presionó el cuchillo hasta ver cómo su sangre se alargaba en el filo, hasta sentir el carmín humedeciéndole los dedos. Por eso aprisiona entre las yemas esos frutos aún verdes, y para conservarlos, desatiende las indicaciones de la cocinera. Y lava, pela, corta y remueve con los ojos más allá del dintel o en los lamparones de grasa del muro, sin vigilar la cocción de la sopa o la temperatura adecuada de la mantequilla en los sartenes. Sin importar que venga el golpe en la nuca o el idiota, estás quemando la carne. Sólo así hundirán la raíz esos frutos.

Más tarde, por la noche o mañana, en las pocas horas libres, cuando los amos asistan al oficio en la capilla, cuando no le ordenen ir al camastro del capataz, podrá vestirlos no con la sangre de un cerdo negro ni con un rito de claro de bosque, sino con la piel que los propios blancos les dieron, seguro, desde mucho antes de desembarcar en las islas del viejo esclavo. Sólo así podrán madurar cada una de aquellas letras dibujadas sobre su cuerpo. Y entonces serán otras dos manos, una segunda mente, un dios erguido delante de ella, para su protección; y le traerán algo parecido al consuelo, porque el amo no debió deshacerse de la anciana.

—La A como el tejado, como el del granero, no más parecido al de la casa o al de la iglesia. La M dos tejados. Cómo, uno atrás del otro. No, al lado; como tus senos, como las montañas. La B es una olla con dos barrigas. La I, la I el camino. Cuál, el que viene hasta el camastro, igual a casi cualquiera; de un punto a otro, recto, como las plantas del campo de algodón o este surco entre tus piernas. Y la O, la O tu boca de sorpresa; así, así —y el índice de Andrew vuelve a bailar en círculos alrededor de sus labios, abiertos en cuanto el hormigueo de las otras noches empieza a bajarle por el cuello, por las caderas; y se le clava entre los muslos semejante a un embrujo. Embrujo que ella deberá llevar hasta una piel pálida, distinta a la del hijo del amo. Hasta un papel.

Trazar letras, reunir las, formar una palabra sólida; eso será cuando haya dominado los titubeos, cuando a fuerza de repeticiones junto al pino o en la mesa de la cocina, cubierta con el mantel a cuadros, sus dedos de esclava se deshagan de la torpeza y puedan al fin hacer una A recta, idéntica al tejado de más de una finca.

Por ahora sigue de rodillas, el índice hundido hasta la uña en los terrones revueltos. Sigue probando escribir un par de palabras. Venganza, revolución. Son casi iguales, porque después de ellas vienen la sangre y los muertos. Susurra, imagina cómo se habrán escuchado juntas, en el fuego del claro; esclava una, la otra blanca, llegada en el barco de los nuevos colonos.

Venganza, revolución... No; sólo venganza. Para ella nada más una es suficiente. Y su mano la intenta otra vez. Y entonces nace una línea casi recta, sin la inclinación necesaria para ser el reflejo de un monte en el lago. Y la misma mano que la trajera al mundo la emborriona, la hace desaparecer. Aún es una simple línea, la huella de un bastón, vacía de la tersa voz de la anciana. Esa madre-abuelita que no sabe nombrar porque entre los negros no existen los lazos tendidos entre blancos vivos y blancos muertos; entre blancos viejos y blancos niños. Sí, ignora su título, en cambio sabe de su compañía, de sus cantos.

—Voy bajando entre estas nubes, ilumina Señor cada uno de mis pasos —oye casi entre sueños.

¿A dónde se habrán ido esas súplicas temblorosas, pero bellas?, ¿adornarán el camino al pueblo, estarán enfermas de invierno, guarecidas bajo un montón de maderos sin uso, se habrán borrado al fin, como sus trazos?

Como sus trazos. No, falta mucho; para meter en ellos el espíritu de los cantos de la anciana; para sentir en su interior los tremores del dedo de Andrew, por lo menos, todavía hace falta mucho.

Sería una especie de revuelta sólo para ella y los de la plantación, para la pequeña esclava de las grandes recepciones. Cuando el nerviosismo en los dedos enguantados de blanco hace resbalar las bandejas; cuando los bocadillos de carne terminan en el tapete y la señora se sonroja. Pide disculpas por la incapacidad de la servidumbre hoy en día para después, a solas, castigar con más de una bofetada tan bochornoso error.

Tal vez ni siquiera tendría violencia esa revuelta. Una defunción, la tristeza de cuando un familiar deja atrás a los vivos, las oraciones, un largo cortejo de ropa oscura, el llanto al fondo del cementerio. Alrededor de una cripta donde duermen el bisabuelo, el abuelo y el padre, sin sospechar de nada ajeno a la naturaleza, de algo extraño al deterioro de los cuerpos cuando van llenándose de años.

Pero entonces, antes de esa pequeña revolución fue el reclamo de la cocinera.

—Negra inútil, —dijo, igual que si se tratara de la sombra del ama, de su eco—. Se distrae cada día más, no me ayuda, no hace nada, es torpe, señora —se lamentó la mujer en mitad de un almuerzo sin condimentar, en una cocina llena de humo, las manos apoyadas en sus amplias caderas.

Luego vino la época lejos de las obligaciones de los domésticos y sus manos hundidas en un pantano que antes creyera sedoso, idéntico a las nubes. Sus brazos tratando de esquivar las espinas ocultas bajo el sembradío de algodón. A veces la presencia lejana de Andrew, indiferente; y de la mano de una joven blanquísima y pelirroja, delgada entre esos encajes azules que nunca podrían adornar su cuerpo.

Al otro lado de esa barrera están la tranquila cotidianidad del pan y el cuchillo, los aromas de la cocina, sus propios trazos sobre la tierra. Lo extraña, extraña ese pasado entre sus manos. Le gustaría intentar otra A junto al pino, le gustaría pasar las noches en el camastro del capataz, abrazada al pecho de Andrew. Pero no hay tiempo. El nuevo señor es más demandante; exige para él incluso lo último de su aliento. Y a ella le queda el vacío, las noches de plomo, el sueño incompleto, las primeras heridas en la espalda, en sus hombros; heridas que el capataz marca con el látigo al final de la jornada, en el poste, o cuando cualquiera de los esclavos se retrasa durante la recolección.

Sin embargo, sobreviven huellas de la anciana en el sembradío; trozos de su voz cercanos al silencio de un grito en cuanto el capataz supervisa el trabajo en las áreas del fondo. Tal vez entre iguales apresuramientos madurarán los cantos de aquella vieja esclava, se dice. Quizá, para los espíritus que miran el mundo desde lejos, las marcas de los azotes y sus antiguos trazos en la tierra puedan confundirse para completar las palabras del conjuro, su intención original de venganza, engrosada ahora con su propia sangre. A veces lo ha pensado. A veces, robándole un poco de tiempo a su labor y después de haber visto una tarde tan llena de nubes como lo está el suelo, también se ha retrasado dibujando el principio de una A, tejado a medias, chueco en el terreno seco junto a sus pies. Y entonces se alzan los gritos del capataz:

—Aquí no es lugar para esos juegos. A trabajar, negra holgazana, que esto no se parece a la cocina —dice, fustiga, recordándole el deber de reunir las libras que el amo fijó en el reglamento si no quiere ir otro día al poste.